

Género, educación y economía popular: los emprendimientos productivos liderados por mujeres de sectores populares (la integración intergeneracional). Aportes para la agenda

Iliana Pereyra

Entre las diversas respuestas de los sectores populares a las adversas condiciones socioeconómicas prevalecientes en América Latina, los emprendimientos económicos protagonizados por mujeres presentan un especial interés por cuanto constituyen estrategias que combinan de manera sinérgica componentes educativos, económicos y de género, con el resultado de transformaciones profundas en las personas, en los colectivos que integran y, al interior de éstos, en el vínculo intergeneracional, y en muchos casos interparental, así como en las relaciones que llegan a establecerse a nivel de la comunidad y, con frecuencia, en ámbitos sociales mucho más amplios.

La Red de Educación Popular entre Mujeres de América Latina y el Caribe (REPEM) y, dentro de ésta el Grupo de Trabajo Latinoamericano (GTL) han venido centrando su atención desde fines de los años ochenta sobre este tipo de emprendimientos, básicamente sobre aquellos que se desarrollan en los contextos de pobreza.¹ Se han producido algunos estudios sobre tales experiencias, sobre el perfil y la formación adecuada de quienes tienen a su cargo su asesoría² y, en los años más recientes, sobre las variables que con mayor fuerza parecen caracterizarlas, paso previo para una encuesta a una gran cantidad de emprendimientos latinoame-

ricos. También se celebró un concurso en la región, incluyendo el Caribe, uno de cuyos frutos fue la identificación de ciertas regularidades dentro del conjunto de las experiencias premiadas.

No podemos afirmar que la conceptualización de esta clase de experiencias sea tarea concluida. Por una parte, estamos ante una realidad refractaria a ciertas categorías convencionales de análisis, por ejemplo, las empresariales.

Por otra, el desarrollo que han venido experimentando algunos conceptos de base en el marco de referencia hoy abre perspectivas más amplias y comprensivas que las de años anteriores. Tal sería el caso de la multidimensionalidad que actualmente se reconoce en el concepto de pobreza o la concepción de género como un conjunto de sistemas.³

PRIMERA APROXIMACIÓN: LOS DATOS DE LA ENCUESTA REPEM/GTL

El universo relevado por la Encuesta de 1997 estuvo compuesto por cien emprendimientos, localizados en cinco regiones de América Latina (Área Andina, Cono Sur, Brasil, México y Centroamérica), que abarcan once países.⁴

Todas las experiencias están integradas y dirigidas por mujeres. No surge de la Encuesta la existencia de emprendimientos que congreguen exclusivamente a mujeres jóvenes. Sin embargo, *el 40% son menores de treinta años y el 20% de las integrantes tiene menos de dieciocho años.*

Es característico en estas experiencias la coexistencia de distintas generaciones.

El 45% de las organizaciones estudiadas se sitúa en zonas rurales de minifundios, con alta migración masculina y servicios precarios, y el 55% en barrios urbanos, típicamente receptores del "éxodo" rural, con escasas oportunidades de empleo para la mujer, violencia doméstica, insuficiencia de servicios, etcétera.

En todos los casos, se trata de emprendimientos económicos, ya que producen bienes o servicios, los comercializan y se apropian de sus utilidades. Los rubros mayoritarios son la agroindustria, las confecciones, las artesanías y servicios varios.

Todas estas entidades tienen una antigüedad de más de tres años y son organizaciones que se denominan “grupos productivos”, asociaciones, cooperativas o empresas familiares. Más de la mitad de estas unidades supera las diez integrantes.

En relación a oportunidades de capacitación, de las cien experiencias, 83 han participado en actividades de este tipo, incluyendo las de reflexión sobre la condición de la mujer, y 75 lo han hecho en cursos y talleres sobre gestión, organización y comercialización.

Ochenta de los cien emprendimientos encuestados contaron con apoyo económico no reembolsable, que fue invertido en maquinaria y herramientas en el 60% de los casos. A su vez, 63 de las cien experiencias accedieron al crédito, tanto a través de ONGs, como directamente.

En cuanto a ingresos, la Encuesta reveló diferencias importantes según las distintas regiones y zonas geográficas. Como ejemplos: en Honduras, la totalidad de las mujeres entrevistadas percibe menos de 50 dólares por mes, mientras que en el Área Andina y el Cono Sur, el 52% perciben mensualmente entre 50 y 200 dólares. En el caso de México, el ingreso es menor a 50 dólares en la mitad de las mujeres entrevistadas. Es un caso similar a Brasil. Analizado por zonas, los ingresos más bajos corresponden a experiencias rurales y los más altos a emprendimientos urbanos. Existen también beneficios no monetarios y de tipo social, como la atención de la salud, la educación, etcétera, que alcanzan al 51% de los proyectos relevados.

Es muy significativa la percepción de las entrevistadas, de edades muy diversas, acerca del mejoramiento de su calidad de vida. El 88% dice percibir cambios positivos al respecto tras su involucramiento en el grupo y tan sólo el 2% no advierte haber vivido mejoras en su calidad de vida.

Los cambios en la esfera familiar presentan un perfil todavía más fuerte. Con referencia a la articulación de los roles dentro y fuera del ámbito doméstico, el 71% de las mujeres señala haber logrado una adecuada distribución del tiempo y una valoración creciente de la familia sobre el trabajo que realizan fuera del hogar. Del resto, el 22% cuenta con ayuda para la realización de las tareas domésticas y queda un 7% sin resolver estos problemas.

Con respecto de la participación en el espacio público, aproximadamente una de cada dos mujeres encuestadas indica que a tra-

vés del proceso vivido ha mejorado su relación con instituciones oficiales, además de que se advirtió que han obtenido un reconocimiento por parte de la comunidad.

La Encuesta REPEM/GTL produjo una considerable cantidad de información adicional, la que omitiremos para no exceder el sentido y alcance de este trabajo

OTRA FUENTE Y OTRA MIRADA: EL CONCURSO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE DE 1998

El Concurso “Emprendimientos Económicos Liderados por Mujeres”, organizado por REPEM en ocho países, tuvo tres variables básicas como referencias para la calificación de las concursantes: el logro de la autonomía económica de la experiencia y de sus protagonistas, el desarrollo personal y social alcanzado, y la participación comunitaria e institucional.⁵

La primera de las variables fue definida como el acceso a un ingreso regular, con una economía en equilibrio, los medios para producir y un posicionamiento en el mercado.

Los factores de esta variable se establecieron en los siguientes términos: nivel del ingreso económico percibido por las integrantes del emprendimiento, alcance del punto de equilibrio, equipamiento para la producción y permanencia de la comercialización en el mercado.⁶

La segunda variable fue explicitada como la competencia para la producción y la gestión, con redistribución de roles tradicionales de género y cambios en la calidad de vida. Los factores componentes de esta variable fueron la participación en instancias de formación sobre producción, gestión y género, la participación en la toma de decisiones, la delegación de tareas en el hogar y cambios a nivel personal.

La tercera variable se definió como participación en el espacio institucional público y privado a través de vínculos económicos, financieros, gremiales y en redes que fortalezcan el microemprendimiento y la participación de las integrantes en ámbitos fuera del círculo doméstico y grupal. Los factores que al respecto se tomaron en cuenta fueron los siguientes: reconocimiento

público del emprendimiento expresado en acuerdos, convenios, créditos, autorizaciones, transacciones suscritas por la empresa, interlocución con instituciones públicas y privadas (negociaciones, demandas y propuestas), integración a instituciones ocupando cargos de relevancia en las mismas

El Concurso permitió advertir un conjunto de regularidades características de estas experiencias. Ante todo, las mismas constituyen efectivamente oportunidades de generación de ingresos para las mujeres adultas y jóvenes sobre la base de su trabajo productivo.

Simultáneamente, que constituyen ámbitos creados por las mujeres de diversas edades donde, por su propia dinámica, se procesa la formación y el desarrollo personal y grupal. No hay aquí una suma de distintos componentes, sino una integración de los mismos en una combinación sinérgica entre éstos, que define la especificidad de este tipo de experiencias en las que se combinan el género, la educación y la economía en el contexto de la pobreza.

Las jóvenes y las adultas en las experiencias premiadas

La característica integración intergeneracional encontrada en la encuesta antes descrita, se mantiene en las organizaciones participantes en el Concurso.

Las jóvenes se integran a un colectivo compuesto por mujeres con edades diversas, desde los dieciséis años o menos y hasta los sesenta años y más.

Las hijas de estas mujeres van integrándose paulatinamente desde niñas. Las más jóvenes comienzan ayudando a su madre, lo que les permite aprender el oficio y vivir tempranamente la experiencia de la organización grupal. Las adultas se vinculan a la experiencia “por vivir en la zona”, o por “tener amigas en el grupo”.

Al respecto, es ilustrativo el testimonio de la boliviana María Jesús, tesorera de la organización *Artecampo*: *“Ingresé a la Asociación a los 17 años, hoy tengo 29. Hace 12 años que trabajo como artesana, de lo que estoy muy contenta y orgullosa. Yo ingresé a la Asociación porque me quedé huérfana de padre a los 9 años y no tuve la oportunidad de estudiar, ya que mi mamá no tenía recursos y me casé muy joven, a mis 17 años. [...] Aprendí de mi madre a tejer la*

*palma [...]. Lo estoy transmitiendo a mis hijos [...]. Ahora mi hija tiene 12 años, es artesana desde los 10 y estudia... ”.*⁷

Véanse otros ejemplos testimonios de las integrantes de las experiencias ganadoras del concurso referido. La peruana Berta, fundadora de la organización, expresa: *“Al principio, nos llamaban ‘las arrepentidas’ [por las arrepentidas de Sendero Luminoso], porque usábamos en la cara pañoletas blancas. No nos sacábamos por nada, hasta que un día una compañera en la Plaza de Armas me la sacó y me dijo: ‘qué tanta vergüenza, sácate eso’, y comprendí que no era para avergonzarme el ser capaz de hacer lo que nunca habíamos hecho. Mis hijos me ayudan en el desarenado. Al que está en la Universidad y un día lo vieron ayudándome, le dijeron: ‘tu mamá es basurera’. Él les contestó: ‘No me avergüenzo del trabajo de ella’. Ahora vienen sus compañeros y me dice: ‘Señora, la felicito, ese trabajo es muy fuerte’. Ninguno de ellos puede levantar la carretilla llena... Pero no para todas fue igual, varias renunciaron porque no aguantaron la vergüenza. Sus hijos no las saludaban cuando las veían trabajando. Pero al final, nuestras familias dicen que somos empresarias”.*⁸

Otro caso, la ecuatoriana María, joven de 23 años encargada de producción de la cooperativa, expresa: *“Mi mamá me entiende y me apoya, pero mi papá no. El siempre decía que la mujer es para estar en la casa, la mujer a la cocina, la mujer a lavar. Entonces yo pensaba que así ha de ser y que cuando me case, así mismo ha de ser. Cuando he estado aquí (se refiere a la organización), me he dado cuenta que sólo eso no es la mujer. Ella puede superarse, servir a las demás en un grupo y ayudarse a sí misma, valorizándose, teniendo autoestima. Yo sí sirvo para algo. En esto he visto un cambio en mi misma, de lo que me decían, de lo que decía mi papá, que no es lo que yo estoy viviendo ahora”.*⁹

La dominicana Estevanía, fundadora de la organización, mujer adulta, decía: *“La comunidad nos criticaba bastante, hablaban de nosotras y presionaban a nuestros esposos... ‘¿Cuándo mujer campesina con pocos estudios se ha comprometido con eso de préstamos?’. Decían que los hombres estaban presionados por nosotras. Cuando en dos años pagamos el préstamo, ya no hablaban sobre eso. Luego empezaron a decir que íbamos a engañar a las otras compañeras. Teníamos miedo que nos hicieran fracasar...”.*¹⁰

También, la uruguaya Elbe, fundadora de la Cooperativa, expresaba: *“Hace diez años, salir a recorrer caminos para ir a un curso*

*o ir de noche a reuniones a las comisiones de fomento, producía cierto rechazo en la gente. No somos las mismas mujeres de la remolacha. Hablando de los cambios en sus vidas: “Cuando se nos hace esta pregunta, siempre se refiere a lo económico, pero, en realidad, el tema económico es insignificante comparado con el crecimiento personal que hemos tenido, somos otras mujeres. Hemos logrado defender nuestros productos, llegar a la Intendencia de Montevideo, que para nosotras era monstruosa...”*¹¹

LOS EMPRENDIMIENTOS PRODUCTIVOS Y LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA

Es insoslayable preguntarse si las mujeres jóvenes y mayores involucradas en estos emprendimientos han logrado superar la pobreza. La respuesta no es simple. Y no lo es, en gran parte, por la propia complejidad del concepto de pobreza.

Existen cuestionamientos sobre la significación del ingreso para definir la pobreza. Ciertamente, el nivel de ingresos puede variar de un mes a otro y hasta de una semana a otra, mientras que la pobreza es una condición durable —recuérdese que el trabajo inestable es una característica de la mayor parte de la población pobre de América Latina—, pero además, y siempre en términos económicos, el ingreso es insuficiente si no se toma en cuenta, en lo cuantitativo y cualitativo: el patrimonio. La definición económica de la pobreza comprende conceptualmente, cuando menos, esos dos campos.

Ahora bien, actualmente el nivel de capacitación, el dominio del oficio, las relaciones sociales (como forma de inserción en la sociedad) son partes fundamentales de un patrimonio de bienes y cualidades de indudable importancia económica. Prueba de ello es cómo este patrimonio —o su ausencia—, condicionan decisivamente la capacidad productiva, la participación en el sistema económico y la cuota de poder con que la misma se realiza.

Definiciones más “sociales” de la pobreza abarcan otros aspectos que caracterizan dicha condición, como el acceso a la atención de la salud, a la educación, a los servicios de apoyo, etcétera. También suelen señalarse actitudes, sentimientos y creencias que operan como barreras psicosociales: la desvalorización personal,

el desconocimiento de los derechos —y por tanto, su falta de ejercicio—, la escasa o nula participación social, todo lo cual retroalimenta y perpetúa la pobreza. Claramente, estos factores afectan con mayor intensidad a los/as jóvenes, en especial dentro de las zonas rurales, tal como lo revelan diversos trabajos de la CEPAL¹² y otros sobre la reproducción generacional de la pobreza.

Diferentes estudios han demostrado que, en relación al tema, existen desventajas que afectan específicamente a las mujeres. En efecto, la responsabilidad en las tareas reproductivas, no sólo en el plano biológico —gestación, parto y lactancia—, sino también social, comprendiendo la crianza, la educación y alimentación, la atención y cuidado de quienes integran el hogar, etcétera, dificultan críticamente el acceso de las mujeres pobres al mercado laboral y a su plena inserción en el mismo, con obvias consecuencias en lo referente a la generación de ingresos.

Y en el caso de que esta salida igual se realice, la doble jornada afecta las posibilidades de uso del tiempo y la calidad de vida de las mujeres. Téngase presente además, que los rasgos psicosociales que se asignan a la condición de pobreza aparecen aquí fuertemente afianzados.

En el caso de las mujeres pobres hay una especie de círculo. Por una parte, las relaciones de género las sitúan en un lugar secundario y subordinado. Por otra, la pobreza agudiza sus sentimientos de desvalorización, ya sea por una vida dependiente y confinada al hogar o por la dedicación a empleos poco calificados y muy mal pagos. O, como es frecuente, por ambas cosas.

De igual forma, en el caso de las mujeres pobres, el desconocimiento y la falta de ejercicio de derechos, por ejemplo sobre la tenencia y manutención de los hijos, o la violencia familiar y el usufructo de los servicios, tienen un efecto acumulativo, acrecentando la propensión a la exclusión social. Idéntico impacto señalan algunas investigaciones sobre la falta de participación en ámbitos a donde es posible acceder a la información, a posibilidades de empleo, de capacitación, etcétera.¹³

Es posible, en consecuencia, afirmar que las mujeres están expuestas a la pobreza de una manera diferencial, no sólo con consecuencias muy duras para sí mismas, sino también sobre la instauración de condiciones propicias para la reproducción de la pobreza en las nuevas generaciones, como lo confirman diversas

evidencias disponibles respecto a la severa restricción de sus oportunidades futuras ya desde su hogar de origen, lo que resulta todavía más grave en la juventud rural.¹⁴

En síntesis, aunque con fines analíticos quizá sea necesario hablar de “componentes” de la pobreza, resulta bastante claro que la misma constituye un fenómeno global, en el que los múltiples aspectos discernibles se entrelazan en una maraña de relaciones, que conforman un todo indisoluble.

Retomando ahora nuestra pregunta por la eficacia de los emprendimientos económico-productivos gestionados por mujeres de distintas generaciones, entre ellas las jóvenes, como una respuesta a la pobreza, podemos inferir lo siguiente.

Al comparar la idea de pobreza que queda tras examinar sus distintas conceptualizaciones con los datos de la Encuesta REPEM/GTL y del Concurso Latinoamericano, el contraste parece bastante claro. En considerable proporción, los rasgos que definen el perfil de las mujeres y de sus organizaciones distan de coincidir con la mayor parte de las expresiones fenoménicas de la pobreza, lo que resulta todavía más evidente si se considera desde una perspectiva de equidad de género.

Dada la permanencia de los grupos en el tiempo —y con ello la continuidad del empleo y del ingreso—, las capacidades cuyo desarrollo propician los emprendimientos, las experiencias de relación y participación inherentes a la gestión económico-productiva, difícilmente pueda pensarse en una regresión de estas mujeres a una situación de “preproyecto”. Aun en el caso de un “crac” empresarial, los activos que han generado las seguirán acompañando, individual o colectivamente.

La integración y la permanencia de las mujeres jóvenes en estas experiencias parecen abrir caminos para la continuidad de un “modelo” positivo de conductas y actitudes en el colectivo, alcanzando también con sus valores a las hijas de sus protagonistas.

La visión resultante hace pensar en la posibilidad de una fractura en la cadena causal que alimenta la reproducción social de la pobreza. Obviamente, no es posible hoy día verificar esta hipótesis a la luz de la información disponible. Al igual que otras implicaciones de estas experiencias, el tema remite a la necesidad de un esfuerzo sostenido de reunión de más datos, a partir de un marco referencial apropiado, capaz de captar la especificidad de

los emprendimientos económicos desarrollados por las mujeres de diferentes edades de los sectores populares de América Latina.

LA INTEGRACIÓN INTERGENERACIONAL. ALGUNOS TEMAS PARA LA AGENDA

Indudablemente, la unidimensionalidad de las ópticas con las que se han examinado estas experiencias ha dificultado su comprensión profunda. Si se caracteriza estos emprendimientos exclusivamente con base en variables empresariales —tales como capital, tamaño, relaciones laborales, etcétera—, es evidente que quedarán fuera diversos aspectos que, sin embargo, resultan medulares. Algo similar ocurre cuando se aplican los criterios con los cuales corrientemente se definen las organizaciones con una finalidad social, o los denominados “espacios de mujeres”, que por sí solos son insuficientes para dar cuenta de la naturaleza de estas realizaciones.

Las consecuencias de lo anterior sobre los programas de apoyo —e indirectamente, sobre los propios emprendimientos—, son verdaderamente negativas.

En primer lugar, al considerar facetas y no la integralidad de las experiencias, los programas se cristalizan en un apoyo siempre parcial, con permanente riesgo de inadecuación intrínseca de su oferta. Salvo que se procesen avances importantes en la comprensión de la racionalidad que anima a estos emprendimientos, en los que se combinan factores económicos, educativos, de género, realmente tememos por la efectividad real de los programas mencionados, por más que crezca el volumen de sus recursos.

En segundo término, refiriéndonos ahora a los programas sociales públicos, parecería no haberse captado todavía la significación de lo intergeneracional al interior de las organizaciones de mujeres que gestionan proyectos económico-productivos en el contexto de la pobreza. Ya hemos señalado algunos puntos relativos a la transmisión de valores, actitudes y conductas que sugieren impactos en la reproducción social de la pobreza. Pero hay algo más. Es precisamente en los contextos sociales deprimidos donde las generaciones jóvenes tiende más a la migración en procura de mejores horizontes. En nuestro caso, la permanencia de las muje-

res jóvenes dentro de estas experiencias productivas constituye un aporte al mantenimiento del tejido social y, al mismo tiempo, una contribución a la elevación de su nivel educativo. Al respecto, las estadísticas indican que, más allá de ciertos desniveles, las jóvenes suelen alcanzar mayores logros académicos que las mujeres de edades más avanzadas en prácticamente todos los países de la región latinoamericana y que cuando se analiza el promedio de educación de una comunidad pobre, los peores resultados acompañan los casos en que dentro de la pirámide de edades, la juventud escasea.

Tercero: como contrapartida, también debería tenerse presente que, de un modo u otro, las jóvenes suelen pagar un buen precio por su permanencia dentro de los emprendimientos. Ante todo, resistir a las aspiraciones y expectativas de su propia generación, algo casi inseparable de la predisposición migratoria, sobre todo, en las zonas rurales. Pero, además, las jóvenes deben sobreponerse a la carga de responsabilidades que sus propia organizaciones suelen atribuirles, precisamente por su mejor nivel educativo. ¿Cuánto de todo esto es visible desde los programas sociales públicos?

En cuarto lugar, un hecho algo paradójico: si bien generalmente se reconoce el potencial formativo inherente a la gestión de los emprendimientos económicos, el aprendizaje logrado por sus protagonistas parece ser invisible para las instituciones de educación, con lo cual queda cancelada para las mujeres toda oportunidad de acceder a la certificación. Este hecho es claramente lesivo para las jóvenes, generando una situación de desventaja frente a sus pares. De hecho, se da una especie de cautiverio de las jóvenes dentro de las organizaciones que integran, algo por demás indeseable.

Finalmente, forzoso es reconocer que la vida de la abrumadora mayoría de los emprendimientos transcurre “a la intemperie”, sin normas legales que los protejan y con el mismo tratamiento impositivo que las empresas convencionales.¹⁵ Entendemos que éste es uno de los puntos quizá más críticos que queremos aportar a la agenda, en la convicción de que debería constituir una prioridad para las políticas públicas de nuestros países, en su camino hacia la equidad y la mayor integración social.

NOTAS

1. REPEM, *Para ayudar a las mujeres pobres a generar ingresos se necesita algo más que buena voluntad, s/f, REPEM-KULU, s/f, p. 3.*
2. REPEM, *Género, Educación y economía popular. Una agenda pendiente*, Lucy Garrido editora, Montevideo, 1995, pp 20 y ss, 70 y ss.
3. J. Anderson, *Guía metodológica para el diseño de políticas de desarrollo con enfoque de género en la Región Amazónica*, TCA-FAO, M. Cooperación Técnica, Países Bajos, Caracas, 1999, pp. 23 y ss.
4. REPEM, *Dibujando la agenda*, REPEM, Montevideo, s/f, p.1 y ss.
5. I. Pereyra Sarti. *Emprendimientos económicos exitosas lideradas por mujeres por mujeres de sectores populares, un desafío para los gobiernos locales*, Ponencia para el Seminario "La Arena Local, un espacio para las políticas públicas de género", Montevideo, abril 2000.
6. I. Pereyra Sarti, *La visibilización de los emprendimientos económicos liderados por mujeres de sectores populares*, REPEM, Documento de trabajo, 1998.
7. María Jesús Velarde, Asociación El Ichilo, *Artecampo*, Santa Cruz, Bolivia, en REPEM, *Sistematización de las nueve experiencias ganadoras del Concurso*, 1998, mimeo.
8. Berta (el Informe no especifica su apellido), Empresa de Limpieza Doméstica Vecinal Sociedad Anónima *Limdovesa*, Cajamarca, Perú, en L. Hornes, I. Pereyra e I. Rodríguez, *Así se hace. Nueve emprendimientos exitosos liderados por mujeres y un manual de lobby propositivo*, REPEM-KULU, Montevideo, 1998.
9. María Mun, Cooperativa *Tejemujeres*, Azuay, Ecuador, en *ibidem*.
10. Estevanía Rojas, socia del colmado *La Reforma del Cabreto*, Municipio de Guerra, República Dominicana en *ibidem*.
11. Elbe Luberto, socia de la Cooperativa Agropecuaria Limitada *Por un Mañana, Calmañana*, Canelones, Uruguay, en *ibidem*.
12. CELADE, *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe*, CEPAL, México 2000, pp, 67 y ss, 94.
13. J. Anderson, *La feminización de la pobreza en América Latina*, Lima, Red Entre Mujeres Diálogo Norte-Sur, 1994, pp. 12 y ss.
14. Durston, "Juventud Rural en América Latina: reduciendo la invisibilidad" en *La construcción de lo juvenil*, Causa Joven, México, 1998, p. 17 y ss.
15. REPEM-IIZ/DVV, *Para abrir agendas*, REPEM, Montevideo, s/f